

## **El territorio de Puerto Deseado: arqueología histórica, patrimonio y turismo**

Daniel Schávelzon

Mucho se ha dicho y escrito sobre las costas de Patagonia, ya demasiado para seguir con generalidades, pero el proyecto de investigación que estamos presentando en este libro nació de una concepción territorial, ya que así había sido la Real Compañía. En un sitio estaba el fuerte, en otro las defensas, en una isla se pescaba y faenaba, había caminos de mar y tierra para trasladar la mercadería; Deseado sólo se explica históricamente y en su territorio. Y explicarlo implica precisamente partir de la existencia de una población originaria, que si bien usaba el sitio de manera esporádica, no es diferente de la manera en que lo usaban los europeos que recalaban, usaban los recursos disponibles y se enojaban si eran atacados por los habitantes locales a los que además sistemáticamente les habrían sus tumbas y lugares sagrados por innata curiosidad; eso que hoy llamamos arqueología.

El problema central de entender, aunque sea de manera inicial, la historia de la ría se da en las diferentes miradas que los historiadores tuvieron sobre el material documental que manejaban, su posición con la que desde el presente juzgaban un lejano pasado: ¿Quién puede aseverar que un aislado barco español que destruye un miserable asentamiento de pescadores ingleses en un territorio abandonado y donde todos pescaban y cazaban, defendía realmente alguna *soberanía*? Y menos aun que algo tuviera que ver aquella con nosotros hoy, o al menos habría que probarlo. ¿Acaso y en única instancia, no eran tierras tehuelches que España quería y no podía usurpar, alegara lo que quiera sobre un auto-otorgamiento dado por los mismos europeos? Cuando las naves de Magallanes pasaron por la región es muy posible que haya usado el lugar para detenerse y no casualmente son quienes construyeron la imagen del territorio y de sus habitantes, los fantásticos e inexistentes Patagones. Así nació el territorio, como una fantasía a la que no se podía tocar demasiado, apenas que mirar desde la orilla. ¿Puede ser casual que el primero en entrar en contacto haya dicho mentiras? Lo que describían y establecían esos viajeros del portugués Magalanes (Magallanes al ser hispanizado, para que doliera menos), al fin de cuentas no era un territorio mucho más árido, frío y difícil que partes de España o de la misma Inglaterra. La diferencia era que aquí no había interés en establecer nada, la riqueza tal como se la entendía en los siglos XVI y XVII estaba en otras regiones, las mineras o azucareras por ejemplo. Eran tierras marginales sobre las que había que echar un ojo de vez en cuando, no mucho mas, bautizadas al fin de cuentas *América* por un italiano. Los viajes de Cavendish, de Fletcher y seguramente de Drake entraron en contacto con la gente local en el siglo XVI y no parecen haberse asustado más que de sus flechas; incluso Narborough, curioso observador, habla de que sólo encontró que “*habían hecho pequeños fuegos y asado angulas y mejillones*” lo que no debió causarle terror alguno. Y si bien observó críticamente la

costumbre de hacer muñecos fúnebres y una nave en paja, no le dio a eso más que curiosidad; incluso en la nave de paja -que imaginó europea por obvias razones-, dejó un par de collares de obsequio<sup>1</sup>.

Pero como todas las historias se escriben desde el presente, o al menos del presente del historiador que la hace, no podemos dejar de ver que en lo escrito, mucho por cierto, campean conceptos que han logrado establecerse, como ser la necesidad de mantener una supuesta soberanía, del desconocimiento del habitante local, la falta de mirada crítica a la dilapidación irracional de los recursos faunísticos cuando en realidad los cueros de la Compañía se pudrían en la isla de Maldonado porque nadie los llevaba a España -al menos durante muchos años-, se levantaban cien mil huevos de pingüino en una sola jornada, o se mataba lobos sólo por el cuero dejando el resto abandonado. Fue una historia escrita básicamente por militares -o por quienes pensaban como ellos-, navales en su mayoría, imbuidos de los ideales del progreso del peronismo, aunque no lo eran por cierto, creyendo que todos habían sido pioneros del trabajo que sufrieron por vivir ahí, o que destruir una costa para hacer un puerto o poner tanques de petróleo eran símbolos de modernidad. Era una historia muchas veces apologética, politizada, hispanófila y que defendía intereses que nadie pedía que los defendieran ¿qué era realmente el “peligro inglés” del que nos hablan?<sup>2</sup>. Si la Argentina no existió como tal hasta al menos la mitad del siglo XIX, ya que en Tucumán en 1816 la Patagonia era una nación considerada extranjera, indígena, aunque sus costas figuraran en algún perdido mapa de archivo, ¿quién y porqué alguien iba a pelear por ella? Y así como los españoles se sintieron con derechos propios para usar Puerto Deseado, los demás también se sentían en libertad de usar el sitio que nadie mostraba realmente que fuera su propietario, como tantos lugares marginales del continente y del mundo. Es por eso que hasta el mismo gobierno de 1810 vendió patentes de corsarios - Bouchard fue el más famoso sin duda-, para hacer lo mismo que hacían todos. Nadie puede acusar a nadie de piratería en la historia actual, sin mirarse a uno mismo primero y a la historia de su cultura y del accionar sobre los derechos de los demás. España también, como Argentina más tarde, estaba robando esas costas y esas tierras si los juzgamos desde los conceptos del presente.

En la historia de Deseado ha habido una personalidad que ha sido crucial en la construcción de su memoria e identidad, don Leoncio Deodat. Este llegó al campo de la historia sin quererlo, por innata curiosidad porque al ser funcionario de Ferrocarriles del Estado viajaba por las localidades de la Patagonia. Sus artículos llenaron las páginas de los diarios locales entre 1932 a 1955 y en Deseado no sólo fue quien excavó las ruinas sino quien las interpretó, estableciendo la versión canónica para el futuro. No estaba equivocado, sólo mantenía la

---

<sup>1</sup> Celia Priego, *La información etnográfica de los patagones del siglo XVIII en tres documentos de la expedición Malaspina*, Cuadernos del Sur, Bahía Blanca, 1971; cita pag. 125

<sup>2</sup> Hernán Silva, *La economía...*, op. Cit (1978), pag. 60

tradición hispanista de su tiempo: todo estaba “*presentado dentro del gran cuadro de la historia colonial española en aquella época de decadencia y transición*”. En uno de sus artículos se presentó como: “*Quien escribe cuanto a leerse va, no es un profesional de la pluma, ni menos un historiador o geógrafo. Es un hombre cuya curiosidad intelectual le indujo a pretender indagar el ayer remoto y reciente de una limitada región del extenso patrimonio argentino de la Patagonia*”. Su pasión por el pasado lo llevó a publicar relatos históricos en el diario *El Orden* y en la *Revista Argentina Austral* un largo número de artículos relacionados con el establecimiento en Puerto Deseado, hoy imposibles de hallar. Desarrolló una importante investigación histórico-documental en archivos, tomó docenas de fotos, hizo o mandó hacer de planos y dibujos, fue recopilando lentamente una larga serie de documentos inéditos referidos a la colonización de la Patagonia. Y básicamente inició la arqueología regional cuando en 1931 fue convocado por la Comisión de Fomento porque los empleados que estaban realizando trabajos en el sector de la costa encontraron las ruinas de construcciones desconocidas, restos de los primeros edificios que Muñoz había construido en la playa. A tal efecto evitó que se destruyeran las bases de las construcciones existentes, en una arqueología que para su tiempo no era mala.



Vista de los restos sobre la costa de las construcciones más antiguas del sitio, mientras eran excavadas en 1931, ahora desaparecidas.

Con los años llegarían los historiadores profesionales, pero ya tras los cambios metodológicos de la década siguiente, aunque la influencia de la mirada hispanista y luego de la

de la dictadura militar fuertemente clerical siguió insistiendo en los temas de la *soberanía*, los *pioneros* y el *progreso*, en lugar de entender los procesos acaecidos en la región. Los ingleses serían “piratas”, los holandeses “aventureros” y los españoles “sagaces marinos”.

Lo que sí sería crucial, volviendo al tema, sería la llegada de un marino inglés en 1586, Thomas Cavendish, posiblemente llamado Cavndish (la U y la V no se habían separado aun) tal como figura en sus primeras ediciones y retratos, quien penetró con tres barcos y su nave capitana, la *Desire*, la que bautizará el sitio para siempre, aunque mal traducido. Recordemos que varias de sus aventuras fueron escritas por terceros de su flota, lo que generó diferencias en nombres y detalles<sup>3</sup>. Regresó unos años mas tarde, en 1592, siempre cazando y protegiéndose del mar y sus inclemencias<sup>4</sup>.

Puerto Deseado sería el sitio indicado para cruzar directo desde Europa evitando el mar de las Antillas, el camino más corto a Magallanes, un lugar geográfico fijo en la inmensidad de un continente aun no mapeado, un punto seguro donde recalar sin intromisiones de España y donde todos eran bienvenidos, o al menos a nadie le importaba. Le Maire y Schouten, los *intrépidos* viajeros holandeses, llegaron con sus naves en 1616 y de ese verano quedó un plano y una descripción detallada de la zona. Y no casualmente tanto Le Maire como antes Cavendish se fijaron en la llamada Piedra Toba como hito local, la dibujaron con detalle y ubicaron en sus mapas. No importaba cuán grande era América: ahí estaba el puerto y su enorme piedra vertical que lo indicaba; entendamos la significación de un destino fijo cuando se está en alta mar sin planos ni un sistema de meridianos establecidos, con un astrolabio como todo instrumental y una brújula que baila con la marea. Fue justamente ese inglés quien primero puso en su plano dos o tres pequeñas islas, en realidad una y sus islotes de roca cercanos, las que luego serían bautizadas como Islas del Rey y ahora Isla Pingüino o grupo de Islas Pingüino: “*A tres leguas de este puerto hay una isla con cuatro islotes a su alrededor con gran abundancia de focas, y en esa época del año los pingüinos llegan en grandes bandadas a reproducirse*”<sup>5</sup>.

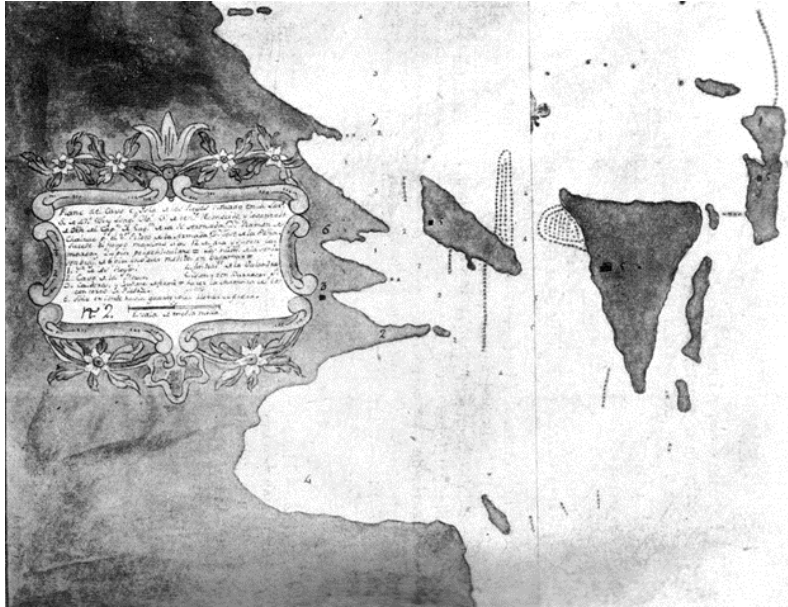
Sólo dos años más tarde, los hermanos, Bartolomé y Gonzalo García de Nodal llegaron desde España, avistaron el lugar, que bautizaron como Isla de Reyes -nombre que perduraría por siglos-, aunque no entraron en Deseado lo que sólo hicieron a su regreso en 1619.

---

<sup>3</sup> Carlos Ferrari, *Yo te bautizo, Puerto Deseado, 420 años de historia*, Biblioteca Popular y Municipal F. Ameghino, Puerto Deseado, 2006

<sup>4</sup> Para los viajes de Cavendish usamos la versión original reeditada, tanto la escrita por Francis Pretty, como la de John Jane, la suya propia y la de Thomas Fulley, todas incluidas en *Hakluyt's Voyages*, Everyman Library, edición a cargo de Ernest Rhys, vol. 8, E. P. Dutton & Sons, New York, 1926

<sup>5</sup> Idem. Pag. 298



Plano del siglo XVIII en el Archivo de Indias de Sevilla mostrando las islas del grupo Pingüino y su relación con la costa cuando eran explotadas por la Real Compañía.

El primero que sepamos que hizo un establecimiento aunque fuera elemental y pensando en los otros que vendrían, fue John Narborough en 167., quien hizo dos viajes y dejó plantada una huerta. Por supuesto hizo una colecta de cien mil huevos de pingüinos, que aunque exagerara o nadie los contara realmente, es buena muestra de la destrucción de la fauna local. Pero la gran anécdota fue que en el regreso encontró que parte de su granja había sido usada por los habitantes locales quienes dejaron un barco hecho de maderas y paja -tal como lo vio John Wood-, costumbre que veremos era habitual en la zona, al menos hacer muñecos con caballos u objetos rellenos de paja y sostenidos por maderas delante de los sepulcros tal como describen Quiroga, Strobel y Cardiel. Si eran los mismos que expulsaron a Cavendish y a Van Noort, hiriendo a sus hombres, no lo sabemos, pero hasta ese momento y al menos en esa localidad nadie se preocupó demasiado por quienes vivían allí o la usaban, sólo se limitaban a declarar una y otra vez que era propiedad de su rey, cualquiera fuera el que tocaba en turno, para después irse, si siquiera realmente lo decían o sólo le escribían al rey que lo habían hecho. Nunca hubo encuentros violentos, pero cada vez que los indígenas podían expulsar a los intrusos saqueadores de sus tumbas, lo hicieron y era lógico.

Pasaría más de un siglo sin que nadie se ocupara del puerto, al menos que nos haya quedado evidencia escrita, cuando en 1746 llegarían tres jesuitas españoles con una mirada diferente, gente preparada y de amplias lecturas de la Ilustración temprana, expresión de la modernización del imperio que entendía que tenía que cuidar sus límites y controlar comercio y contrabando si quería sobrevivir como potencia. Eran José Quiroga, Mathías Stroebel y José Cardiel a quienes muchos le atribuyeron haber descubierto la isla de Reyes aunque por cierto

todos los viajeros anteriores las conocían y varios las mapearon. Para algunos incluso fue la primera expedición científica y quedó de ello tres versiones escritas diferentes<sup>6</sup>; pero estos viajeros no hallaron “*señal alguna de que al presente habiten indios en esta costa. Solamente se encontró un pedernal de flecha muy antiguo y una bola de piedra con que los indios tiran a los guanacos (...), solamente hallaron en lo alto de un collado un montón de piedras y debajo de ellas huesos de algún indio ya carcomidos*”<sup>7</sup>. En otra de las versiones la cosa era más compleja ya que habla de haber encontrado estiércol, un camino tierra adentro, un sepulcro con tres indígenas dentro y “*cinco caballos muertos embutidos en paja y puestos sobre palos como piernas que parecían vivos*”<sup>8</sup> Observaron la siempre presente Piedra Toba diciendo que había “*un peñón alto que se ve en la banda sur y tiene en lo mas alto una gran piedra, que parece un tronco de árbol por la forma de horqueta*” y que “*hay un mogote alto, con una peña en lo alto, que parece tronco de árbol cortado y hace horqueta*”<sup>9</sup>; la piedra enhiesta seguía siendo el hito del territorio. Cardiel y su caminante compañero hicieron un plano detallado de la ría y encontraron otra tumba indígena en San Julián, esta vez con cerámica, la que excavaron repitiendo el deseo de encontrar evidencias materiales de los gigantes que debían vivir en la zona y que nadie veía. En realidad en su obra estos primeros modernos tuvieron una visión decepcionada, era tierra poco productiva, no veían aun otras opciones, ni siquiera llegaron a cumplir su misión; la modernidad española aun no llegaba demasiado lejos, eran intenciones en muchos temas, pero quizás fueron los primeros en entender que algo pasaba.

De allí en adelante los viajes se hicieron más frecuentes: en 1764 llegó el comodoro Byron quien pasó dos veranos en el lugar. Mas tarde Domingo Perlier hizo tres viajes dejando excelentes planos regionales e hizo un primer reconocimiento detallado de Isla de Reyes con su mapeo. Cuatro años después arribaron Francisco Gil y Lemos y luego Manuel Pando, quien hizo un proyecto de fortificación y uso del lugar como establecimiento permanente, tras también mapearlo en detalle. Vale la pena ver el plano hecho por órdenes de Pando en varias escalas y detalles, según los firma en 1769 y luego en 1780, porque en ellos se incluye cada detalle desde la ría completa y sus islotes, las cotas de profundidad y aunque con ligereza, las islas del Rey; el siguiente fue el plano de Clairac de 1789 con todos los detalles posibles<sup>10</sup>. Hasta el momento era lo más completo que había y que hubo por mucho tiempo<sup>11</sup>. Y en el plano de Pando resultan más que interesantes las ubicaciones de cuatro manantiales de agua dulce en la costa sur, y la lógica presencia de la Piedra Toba rematada con una imaginada bandera española. Si lo comparamos con un plano anterior, de autor desconocido y existente en el Archivo de

---

<sup>6</sup> Guillermo Furlong, *Entre los tehuelches de la Patagonia*, Talleres Gráficos San Pablo, Buenos Aires, 1943; pag. 124

<sup>7</sup> Idem, pag. 126

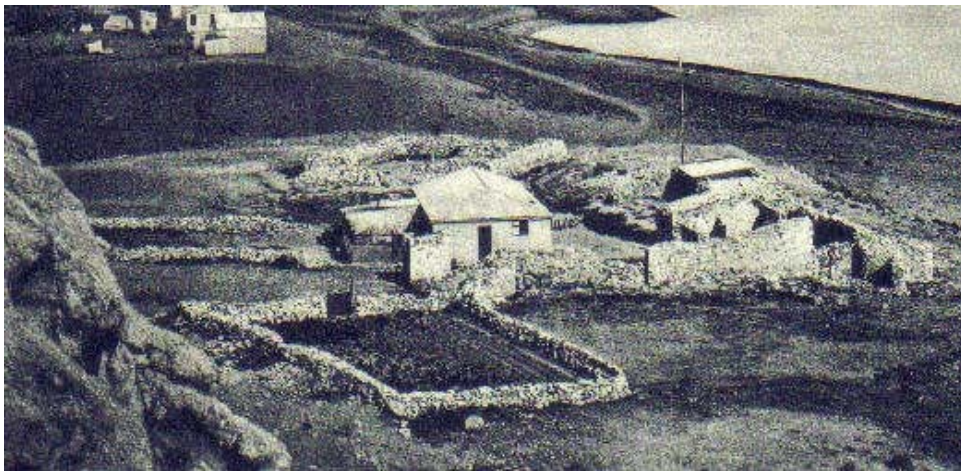
<sup>8</sup> Idem. Pag. 129

<sup>9</sup> Idem. Pag. 154

<sup>10</sup> Archivo General de Indias, *Catálogo de mapas y planos*, Buenos Aires, vol. I, plano 170

<sup>11</sup> *Puertos y fortificaciones en América y Filipinas*, CEHOPU, Madrid, 1985; pp.366 a 368

Simancas<sup>12</sup>, veremos como en pocos años se avanzó en reconocer la zona con todo detalle en la que la mirada estaba cambiando. Pando es ejemplo para España de alguien que encuentra gran utilidad en la fauna local, en la sal, la pesca de ballenas y otras posibilidades económica. Parecería que ya nadie recordaba que cuando pasó Drake por el sur mató doscientos lobos marinos en una hora, por más exagerado que fuera, incluso aunque fue un pirata, no era tonto; su nombre quedó en Seale Bay hasta el presente. Europa estaba intensificando la compra de aceite para su gran invento: el quinqué para iluminar, y ahí estaba, era como un “mineral” a extraer. Y va a ser Pando y sus notas lo que haga reconsiderar al gobierno español sobre la importancia de la región, lentamente se va a ir mirando lo que hacía Brasil con la captura de ballenas a través de un sistema descentralizado de alta eficiencia, incluso alguno se va a dar cuenta -con dolor- que los otros países tenían establecida en la región una economía eficiente sin siquiera la necesidad de un establecimiento permanente. Cuando Thomas Falkner publique su libro en 1774 muchos en la metrópoli entenderán con molestias la realidad de un territorio que podría ser de ellos si hacía algo concreto, si no, no era de nadie, ya que de las naciones indígenas nadie se acordaba. Sólo dos años más tarde se crearía el Virreinato del Río de la Plata. De 1778 será el primer nuevo proyecto de población, aunque absurdamente se pensará en enviar labradores y hasta compran 350 arados, en lugar de botes y arpones para ballenas<sup>13</sup>.



Fotografía tomada en 1890 con las ruinas del Fuerte en la parte superior de la playa y las construcciones aun en uso por los pobladores llegados con Oneto.

---

<sup>12</sup> Idem, pag. 366

<sup>13</sup> H. Silva, *La economía...*, op. Cit.





El sitio en la actualidad después de la temporada de excavación de 2008, sólo se ha logrado encontrar parte de las construcciones de la parte superior y un muro del fuerte.

Hasta ese momento, en que habían transcurrido dos siglos, la zona sólo era un punto para poder atracar tranquilos, carenar y cazar miles de lobos marinos y pingüinos, abastecerse de agua y calafatear los barcos en la difícil ruta hacia el estrecho para pasar al Pacífico. Ni siquiera para España era un lugar a cuidar, suponiendo que hubieran podido hacerlo. Del Salado hacia el sur era tierra de indios, no de blancos, sólo las costas eran lugares posibles para los europeos o criollos quienes ni siquiera pensaban en penetrar en su interior, ¿para qué hacerlo? La realidad es que del primer contingente poblacional de la región patagónica, que lleva entre 1778 y 1784 a 1921 personas, sólo logran regresar unos 35 sanos.

Pero la mentalidad de la Ilustración, el cambio de los Habsburgo a los Borbones, las nuevas gobernaciones y la renovada mentalidad europea -y la guerra contra Inglaterra- llevaron lentamente a entender que la Patagonia tenía un alto potencial económico, potencialidad sólo usable si se ejercía derecho territorial, sino los demás países llevarían siempre la delantera: la zona era usada por barcos de todo el mundo todos los días; revertirlo era casi una utopía. A tal grado era así que al llegar Antonio de Córdoba al lugar en 1786 y fondear, vio llegar una barcaza con seis ingleses y un portugués que habían quedado abandonados en el sitio mientras juntaban pieles de lobos marinos, buena indicación de que Deseado era recalada de muchos y anónimos capitanes loberos. Se estaba estableciendo una nueva modalidad: el Capitalismo avanzaba desde un mercantilismo simple y en la Europa no española había crecido una nueva



manera de obtener el preciado aceite: los capitanes dueños de sus barcos se hacían a la mar por su propia cuenta, cazaban, derretían lo que podían donde era posible, sacaban cueros, y de regreso lo vendían en Punta Arenas, antes en Concepción o incluso en Londres. El riesgo era de ellos, totalmente diferente a los enormes emprendimientos que imaginaban los españoles, que implicaban cientos de empleados, instalaciones complejas, transporte y un sistema casi militar - o incluso a veces también militar-, para sostenerlo. Es verdad, no es lo mismo explotar que cuidar, pero también es verdad que se veía los barcos cazar ballenas incluso desde el puerto de Buenos Aires, en 1786 el virrey De Paula Sanz hablaba de “*multitud de embarcaciones inglesas, americanas, francesas que en estos dos años han cruzado*” pero no tomó medida concreta alguna que fuera eficiente. Viedma dos años antes escribía “*los ingleses nos han abierto los ojos sobre el inagotable tesoro que trae la pesca*”. En realidad los dos se estaban haciendo la misma pregunta: porqué era redituable para unos y no daba nada para otros, pese a ser supuestamente los dueños y estaban en el lugar, los otros debía cruzar el océano de ida y vuelta.

Siempre la culpa era de otro y el problema irresoluble: el virrey de queja de que los ingleses hacían una caza irracional, pero no avanza en nada efectivo, la caza de ballenas estaba mal si la hacían los otros pero no aprendían la lección siquiera de la cercana costa de Brasil. La primera autorización para capturar ballenas la dan en 1783 pero nunca fue satisfactorio.



La Piedra Toba o Y que desde muchos kilómetros indicaba la llegada a Puerto Deseado y que usaron piratas y navegantes desde el siglo XVI, y desde tiempos remotos fue un sitio ceremonial; es el gran hito del paisaje y todo sigue ocurriendo a su alrededor.

Es por esto que los viajes de Pando y Perlier causaron gran impacto en España y fueron en buena medida el motivo para que en 1778 el virrey Vertiz dicte la primera orden de establecer una población en San Julián o en Deseado, en base a ordenes de José de Gálvez y el conde de Floridablanca. La idea de la necesidad de tener infraestructura local para producir ya estaba ya tomando forma: creían imprescindible tener una población pesquera y defensiva a escala territorial que impidiera el uso de la zona por los ingleses –siempre sindicados como el enemigo, confundiendo religión con territorio-, lo que va a dar nacimiento a Carmen de Patagones y a Floridablanca<sup>14</sup>. No era fácil en esa época digerir que llegara a Madrid un informe indicando que en la isla de los Reyes había gente viviendo parte del año cazando lobos, al igual que en toda la costa; mas tarde se trasladarían a las islas Shetland; sólo el casi exterminio de la fauna acabaría con la predación. Ramón de Clayrac en 1789 hizo un reconocimiento de costas e islas y encontró una factoría inglesa “cerca de Deseado”, al parecer abandonada, la que procedieron a destruir aunque a los pocos días llegó una barcaza de la isla de Reyes de quienes usaban el lugar. Poco antes estuvo Viedma para lo mismo y haría instalaciones también provisionarias para una temporada en 1780. En el mismo verano de Clayrac llegó la nutrida expedición Malaspina, quienes entraron en contacto pacifico con los habitantes autóctonos; y sin duda fue el grupo que manejó la situación con más tacto; en los documentos siempre se habla de “*estos honrados bárbaros*” lo que no es poco decir para su tiempo y manera de pensar generalizada, y que fueron “*a reconocer a nuestros amigos los patagones; fuimos armados a prevención*”<sup>15</sup>. Incluso levantaron un vocabulario que sólo se logró editar en 1913<sup>16</sup>, mostrando el inexistente interés en comunicarse con los tehuelches locales. Creemos que a la inversa de una corriente historiográfica del siglo XX, “el problema patagónico” no existió realmente nunca; nadie defendía realmente ninguna soberanía o cosa similar ya que posiblemente sean conceptos actuales proyectados hacia el pasado.

---

<sup>14</sup> Alberto de Paula, *Las nuevas poblaciones en Andalucía, California y el Río de la Plata (1767-1810)*, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires, pp. 183-187

<sup>15</sup> Héctor Ratto, *La expedición Malaspina*, Biblioteca del Oficial de Marina, Buenos Aires, 1936

<sup>16</sup> Félix Outes, Vocabularios inéditos del Patagón antiguo, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, vol. XX, pp. 474-496, Buenos Aires, 1913



El farallón de pórfido en la parte posterior del sitio mientras posaba el último grupo Tehuelche al mando de Orkeke antes de ser deportado a Buenos Aires poniendo fin a la etnia.

El rey Carlos III, tratando de modernizar la economía y la administración ineficiente de la colonia, buscó nuevos caminos para incentivar la producción y romper la dependencia del extranjero, en especial de Inglaterra. Para eso cayó en el mismo error del pasado, siguió en el fondo pensando como en el Antiguo Régimen en que vivían sin ver a sus lados, y decidió construir un sistema de permisos exclusivos de pesca mezcla de iniciativa privada y Estado. El sistema funcionó por un tiempo, en especial en España, pero no en América donde el sistema del colono-soldado no era eficiente ni posible. Después de esa corta experiencia decide fundar la Real Compañía de Pesca, que seguía siendo monopólica, con un enorme y desmedido directorio, de una escala desmedida, pero que cerraba en las cuentas hechas en el papel; la realidad sería otra.

En 1790 Juan Bautista Muñoz y sus siete familias llegaron a Deseado para establecer la Compañía Marítima por muchos años. Ahí sí España tomó posesión real del puerto, construyendo defensas, colocando cañones y tratando de acaparar para sí misma la caza y pesca. Pero lo real es que cuando entraron a la ría se encontraron una fragata inglesa con averías -eso dice al menos-, a la que ayudan a reparar para poderles exigir que se fueran. Esa era la realidad local pese a la guerra entre las potencias o sus estados intermedios. En los primeros nueve meses no pescaron una sola ballena, se llenaron de problemas por falta de todo y, realmente, eran agricultores y no pescadores. Todo ya estaba destinado al fracaso desde el inicio: se había enviado a la gente equivocada con el equipamiento mal elegido. Ni siquiera tenían claro si eran

soldados para proteger a España, pescadores, si fabricaban aceite y curtían cueros o debían hacer “granjerías” y poblados. Pero eran sólo cinco familias, mucho no podían hacer.

Así vinieron los problemas en la empresa, lo poco o mucho que cazaban, las acusaciones reales o no de corrupción por una parte y de ineficiencia en el suministro de víveres y lo bajo de los sueldos por la otra. Lo concreto para nosotros será que en los siguientes diez años habrán dos etapas de construcciones de piedra, una en la costa y otra en la terraza, de las cuales ambos fuertes o castillos serán lo más destacado para la arqueología del futuro. Mientras tanto los habitantes locales eran usados para transportar sal y para aportar recursos, y posiblemente para justificar el uso de víveres y otros objetos disfrazándolos como obsequios que debían hacer; sólo observar las cifras de esos regalos nos da la idea de que era imposible que fuera cierto. Por eso no deja de parecer curioso que los mismos españoles, tras el abandono del lugar, hicieran críticas a la Compañía por no “*dar idea exacta de sus costumbres y religión (...) que tuvieron largo tráfico con ellos, desgraciadamente se ha malogrado esta buena oportunidad por falta de inteligencia en el idioma o por falta de curiosidad en aquellos europeos*”<sup>17</sup>.

Un documento de esta Compañía indica que en Punta Cascajo había dos cañones lo que si bien era útil no suena imponente ante una fragata, en Chaffers hicieron “*una trinchera con cuatro cañones y un mástil*” y “*en la Isla de Reyes hay una barraca de tablas para el oficial y custodia de víveres, otra para la gente de trabajo*” con dos calderas, equipamiento que para una isla de ese tamaño no era poco<sup>18</sup>.

Para el año 1791 la empresa, que estaba creciendo en forma rápida en la isla de Maldonado, y produciendo buenas ganancias, ya no puede sostener más su asentamiento en Deseado. En sólo un año habían fracasado pese a las cifras invertidas; fue tan grave que incluso se propuso que funcionara como un presidio, es decir con el trabajo obligado de prisioneros, lo que era aun más absurdo pensando en términos de eficiencia. Al año siguiente se la exceptúa de poblar la región, cosa que no se hizo más allá de que los pocos pobladores sembraran sus escuálidas huertas, y desde dos años antes ya se había vuelto a autorizar la entrada y pesca de barcos extranjeros. Era un fuerte sin soldados que no podía ni debía hacer nada en realidad. En 1791 llegó al lugar el teniente Elizalde y no encontró a nadie en las defensas, pocos días después llega Barnet quien tampoco ve a nadie y mata y caza veinte mil lobos marinos y extrae doce mil cueros. Otro barco naufragó y pese a ser supuestamente enemigo sus propiedades fueron vendidas entre los pobladores. Era evidente que las cosas no daban para más y en 1793 llega por fin el primer contingente militar quienes elevan un informe bastante bueno del sitio, incluso alabando sus construcciones que, por lo que sabemos, eran absolutamente ineficientes siquiera para albergarlos. Quizás una frase sutil lo indique al haber escrito que al fuerte era “*capaz de*

---

<sup>17</sup> Héctor Ratto, *La expedición...* (1936), op. Cit.

<sup>18</sup> J. H. Lenzi, *Historia de...* (1980), pags. 280 y 288

*defenderse de cualquier invasión de indios*”, lo que no se dio ni se daría nunca -la primera expedición tardó casi cinco meses en contactar los primeros de ellos-, y no obviamente de una proveniente del exterior. Y si bien dicen que hay *“alojamiento como para cuarenta personas”*, de inmediato surgen problemas con los habitantes locales por el uso del espacio y los suministros; nunca discutieron por el trabajo. Aquí fue cuando se intensificó la supuesta presión indígena por regalos: *“este Castillo de San Carlos y sus inmediaciones era tolerancia de indios más que morada o habitación de españoles”* según escribió Muñoz en una carta a Buenos Aires. La pobreza, pese a eso, es decir al posible uso indebido de víveres, era tan poco que Barnet tuvo que ayudar a alimentarlos. Pasar hambre en un sitio en que se capturaban miles de pingüinos o lobos marinos en un día, suena al menos absurdo, más aun si podían juntar cueros para enviar a Maldonado. En 1794 se informa al rey que se han gastado 600.000 reales en regalos a los indígenas.

En 1792, es decir a tres años de creada y dos de establecida ya es necesario hacer una racionalización total y se envía un nuevo comisionado, Francisco Cabáñez, quien llegó al año siguiente, reordenando realmente el sistema y haciéndolo mucho más eficiente, reduciendo el enorme directorio y sistema de burócratas y tomando medidas comerciales básicas, centrándose en Maldonado por su alta productividad. Seguramente Deseado hubiera podido producir más, pero estaba lejos y nunca se estableció un sistema de transporte marítimo estable. Cabáñez, entre sus primeras medidas hizo contratar seis arponeros ingleses para que enseñen a los locales, sube los salarios que eran mínimos y mejora la situación general rápidamente. En Deseado quedaban un teniente, un sargento y doce soldados, improductivos, viviendo dentro de un miserable fuerte que no tenía separación para los civiles. Pese a eso seguía la producción local: en 1796 enviaron 15 mil cueros salados y cien cascotes de aceite pero quedaban sólo cinco personas entre empleados y militares.

En 1797 la Compañía es exonerada de sus instalaciones en Deseado y lo existente pasó a ser *“finca propia y privada del real patrimonio”*, cambian de nuevo las autoridades y no quedó en la zona ni siquiera una embarcación al grado que en 1798, para pedir ayuda, Francisco González viajó con un grupo de indígenas hasta el Río Negro, en una aventura casi inimaginable de un mes y medio de recorrido. La gente moría de hambre en una de las zonas más codiciadas del mundo por su riqueza marina. Por eso cuando sólo habían pasado diez años la Corona decidió abrir a los particulares el monopolio, y en Río Negro y en San José se iniciaron explotaciones por comerciantes con o sin colonos, con o sin militares.

En 1802 hubo un nuevo intento, se contrató por fin a un especialista, García del Barrio, quien formó un grupo de diecisiete personas: dos administrativos, un horticultor, dos labradores y doce constructores. Hay una fuerte inversión en obras, se hace el nuevo Castillo que, si bien como obra de arquitectura no era más que un recinto rectangular abierto, con unas

construcciones internas muy simples, lo que no resistía el menor cañón de un barco, al menos revivió el sitio y le dio la apariencia definitiva que conocemos por las fotos e ilustraciones.

El 10 de julio de 1803 todos esos avances se frustran y la Compañía completa es disuelta, incluso en Maldonado y pese a que en la isla Gorriti estaban amontonados desde 1796 miles de barriles de aceite a la espera de que alguien los trasladara a España. Deseado entra en un cono de olvido total y su gente librada a sus propias posibilidades, aunque en 1806 se envía al comandante Martínez con víveres para un año y medio.

Pero ya nada servía para solucionar la situación y en 1807 llega un barco de Estados Unidos informando que Montevideo había caído en manos de los ingleses, por lo cual los pobladores les piden que los rescaten. Si bien no sabían, las invasiones ya habían terminado; este último grupo había estado en el sitio solamente poco más de un año. Así el sitio quedó abandonado, y aunque quizás haya quedado alguien viviendo allí y aunque sea muy probable que los foceros que seguían pasando por la zona usaran los edificios como refugio, ya no hubo obras sino abandono y la arqueología sólo muestra eso. Y el deterioro por lo que vemos se dio de dos formas: las construcciones de costa decayeron rápidamente hasta hacerse irreconocibles incluso cuando mientras vivían allí en los últimos años, por lo que pasaron a ser un simple montón de piedras a grado tal que cuando en 1930 las excavó Deodat nadie sospechaba que pudieran haber ahí restos de edificios de cualquier clase. Las fotos que incluimos, tomadas entre 1880 y 1900, muestran sólo un largo e informe montículo de piedras. Es por eso que cuando las vio Darwin y otros viajeros no podían creer que hubieran sido obras defensivas o de uso estable. El gran fuerte, que tanto dio que hablar y cuya apología se hizo durante y después, con sus cuatro torreones en las esquinas, resultaba ser un simple rectángulo de paredes de piedra planas y sin revocar, de sillares pequeños en su mayoría, piedras simplemente apoyadas unas sobre otras, que nada resistieron. Las esquinas eran iguales en su obra: se ve en las fotos amontonamientos redondeados apilados sobre los cuales seguramente era mejor no pararse. La intención fue dar la imagen formal de un fuerte, parecerse a uno de verdad pero no para defenderse realmente de nada, y esa fue su historia. En 1876 llegó al sitio un observador agudo, el perito Pascasio Moreno quien hizo gala de romanticismo extremo en sus descripciones:

*“La proa de la goleta surca majestuosa las aguas inmediatas a Puerto Deseado, que es, indudablemente, el paraje mas pintoresco de la tan igual costa patagónica. Nuestra vista, ya candeada del aspecto monótono de las barrancas terciarias, se distrae con la de los cerros porfiricos, de distintas formas a las afectadas por la meseta con los grandes peñascos calizos blancos que avanzan hacia el reino neptuniano, entre los colores rojizos de las rocas plutónicas aisladas en el mar donde baten las olas y donde algunos lobos marinos juegan o duermen calentados por el bello sol de diciembre. Inmensas*



*bandadas de aves revolotean gozosas o gritonas, arrojándose sobre los cardúmenes de pequeños peces que abundan en esa región, hoy abandonada, pero donde hace pocos años prosperaba una importante pesquería situada en la isla Penguin, cerca del puerto”<sup>19</sup>.*

Es la primera vez en que los animales de la zona no son vistos como alimento, si no como belleza del entorno y la naturaleza, mucho había cambiado en el mundo. Eso no quiere decir que la región no estuvieran infectada de loberos, pero estaban cada vez mas al sur. Por supuesto no dejó de ver la Roca Torre que seguía siendo el hito físico de la zona. Pero Moreno fue mas allá y cometió un error que luego costaría mucho rectificar, identifico los restos del Fuerte de San Carlos con los de Viedma, aunque en su dibujo, muy claro, entendió que los pilares redondeados de las esquinas aun existían aunque pensó que en ese edificio *“todo ha sido bien construido, y de haber concluido esos depósitos, las inclemencias de la intemperie y de los años poco detrimento le hubieran ocasionado”<sup>20</sup>*. Nuevamente se equivocaba: era un fuerte y no un depósito, era una mala obra no algo sin terminar. Por eso lo describe así: *“El fuerte esta situado en la primera colina, antes de llegar a la cumbre de la meseta, en una pequeña eminencia que le sirve de asiento y domina la bahía”*. También encuentra restos de construcciones en el valle cercano, el pozo de agua, una *“bella punta de flecha, restos de su industria, que he recogido”* y un *chenque* o enterratorio indígena que cree que es el mismo que había excavado el padre Cardiel o incluso Darwin. Encuentra en el lugar *“un fragmento de flecha, un rascador y un cuchillo de piedra”*, visita los restos de la que llama *“la huerta de Viedma”* al oeste de la fortaleza, cita la isla de los Padres ya como *Isla Penguin* y visita la Piedra Toba o Roca de la Torre como aun se llamaba también.

Cuando viajeros de Estados Unidos llegaron en 1896 al lugar, que se suponía en buen estado por el uso reciente de los pobladores locales de la nueva colonia, escribieron:

*“Anclamos en Puerto Deseado frente a unas viejas ruinas españolas, que se levantaban a una distancia de unos doscientos metros desde la línea costera sobre la superficie plana de una terraza angosta, al pie de una escarpa de arenisca marrón dura y gruesa (...). Las ruinas a las que me referí recién fueron construidas con arenisca de buena calidad. La naturaleza de los cimientos sugería fortaleza y solidez, y la albañilería era de buena calidad. La última vez que vi estas ruinas en mayo de 1896 eran muy parecidas a la descripción de Darwin de sesenta años antes. Alrededor había algunos arbustos de cerezas,*

---

<sup>19</sup> Pascasio Moreno, *Viaje a la Patagonia austral 1876-77*, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1969; cita pag. 135

<sup>20</sup> Idem, pag. 140

*ciruelos y membrillos, que sugerían que quienes fundaron el asentamiento tenían fe en la naturaleza hospitalaria del campo circundante y no tenían previsto el abandono temprano, si no casi inmediato. Por la naturaleza de las ruinas es evidente que, de la estructura planeada, sólo se terminaron los cimientos”<sup>21</sup>.*

Esto abre de por sí muchos interrogantes porque ¿tan destruido estaba todo que sólo quedaban cimientos sin nada encima?, ¿porqué aun en 1930 estaban en bastante buen estado varios sectores que no fueron vistos tantos años antes?

Respecto a la sobresaliente Piedra Toba, Moreno se sintió poderosamente llamado a la atención como buen naturalista que era, dijo:

*“Resto vetusto de un antiguo peñón destruido por la formidable acción del tiempo y de los elementos, y cuyos restos se hallan esparcidos alrededor del monolito principal adherido aun a la montaña y sobre una eminencia rodeada de grandes piedras sueltas. Tower o Britannia Rock mide diez metros de alto por tres de diámetro y recuerda el enorme tronco petrificado de algún baobab gigante de las selvas africanas, transportado por el fósforo del cerebro a las áridas playas patagónicas (...); hacen de este monumento geológico uno de los objetos más dignos de mención que pueden citarse en Puerto Deseado. En sus inmediaciones parece que de tiempo en tiempo acampa alguna tribu indígena, pues se notan huesos de animales, destruidos y comidos, sobre todo de guanacos y caballos”<sup>22</sup>.*

En los años posteriores a la Real Compañía llegó al lugar Parker King y Fitz Roy, primero en su expedición de 1826 a 1830 y luego en la de 1832 a 1836. Dos veces Darwin junto al dibujante Conrad Martens hizo vistas del lugar y de la Piedra Toba, “objeto conspicuo en la parte sur del puerto, que tiene el aspecto de un enorme árbol caduco con las ramas podadas (...) resto de los que en un tiempo fue una gran masa rocallosa, destruida parcialmente por algún convulsión, o más probablemente, desgastada por la intemperie”<sup>23</sup>, también hallaron una tumba indígena en la costa y dejaron la descripción de toda la zona que ya se ha incluido en el libro, de tristeza y desamparo.

Lentamente se acababa la época de los ilustrados viajeros, eran ya los tiempos de la construcción de la nueva nacionalidad, comenzaba a existir para la Argentina y sus contradicciones sobre separar la Patagonia dejándosela a los indígenas -la Zanja de Alsina-, o

---

<sup>21</sup> John B. Hatcher, *Cazadores de huesos en la Patagonia, expediciones de la Universidad de Princeton a la Patagonia 1896-1897*, Zagier y Urruty, Buenos Aires, 2005, pp. 33-34

<sup>22</sup> Idem, pag. 157

<sup>23</sup> Lenzi 1980: 305

avanzar militarmente en un genocidio final -la Conquista del Desierto-, para apropiarse de todas las tierras, exterminar a los habitantes locales y establecer un sistema de dominación territorial eficiente y moderno. No casualmente el mismo año de la avanzada militar de Roca se estableció en la costa sur de Deseado la Subprefectura Marítima, la que permaneció allí desde su instalación real en 1881, cambiando a la otra orilla en 1889. Eran solo tres personas y un vapor, pero fueron la base para que al llegar Antonio Oneto en 1885 hiciera un informe favorable para instalar una colonia. Y de allí a la actualidad es una historia más que conocida.

La isla actualmente conocida como Pingüino, que ya vimos como De Reyes en tiempos coloniales y en algún momento del siglo XIX pasa a ser Pingüino tras su etapa de *Penguin* con Moreno, fue parte de un conjunto compuesto por la bahía del Oso Polar (*Polar Bear Bay*), el camino que lleva hasta Deseado pasando el vado del río, la estancia de los Jenkins a mitad del trayecto, la orilla sur, la abandonada isla Chaffers y las islas dentro de la ría misma, hoy llamadas isla de los Pájaros y e isla Pingüino, para diferenciarlas por su fauna. Al menos en visitas arqueológicas de pocas horas se halló en Pingüino cerámica colonial y, posiblemente no casualmente, eran botijas para aceite hechas en Sevilla.



Restos de edificación de la Real Compañía en la Isla Pingüino en la actualidad. El sistema constructivo es igual al del Fuerte.



Construcciones hechas por la Armada en el siglo XX con piedras redondas sin escuadrar.

En Isla Pingüino estaban los mataderos de lobos de la Real Compañía, los hubo también antes y después, y hoy se observa tras la playa una serie de grandes semicírculos naturales que han sido retocados y cerrados con piedras, a donde quedan miles, cientos de miles, de huesos de todo tipo de fauna. Hemos identificado provisionalmente la zona como los lugares de faena, mientras que diversas construcciones de piedra esperan su estudio. Al menos una de ellas esta construida con un sistema de sillares similar al Fuerte de San Carlos, mientras que las otras, cerca del faro actual, están hechas de piedras redondas y presentan evidencias de ventanas de madera. Es evidente que en los islotes cercanos también se debieron matar y faenar lobos y la Isla Chata parecería no difícil de probar en ese uso.



Relicario con restos de un daguerrotipo francés encontrado en las ruinas del Fuerte.

En 1902 se comenzó a construir un faro en la ya llamada definitivamente Isla Pingüino, con una gran construcción de ladrillo de maquina a un lado, y varios anexos: carnicería, galpón, jaguel para juntar agua dulce, corrales y otros menores, de los que quedan sus restos a la vista. La Marina hizo varias construcciones para sus marinos, un pequeño muelle, se instaló el telégrafo y la dotación estable llegó a ser de doce personas<sup>24</sup>. El camino habitual era en bote de rema o vela a la Isla Chata, allí por tierra y luego hasta la costa en otro bote, siendo la base estable el telégrafo de la bahía del Oso Marino. El movimiento luego era por tierra, que aunque largo e incomodo, siempre era mejor y menos riesgoso que por el agua. Nuevamente notemos que la alimentación ya era mediante ganado vacuno que era llevado a la isla desde las estancias cercanas de Ramos y Jenkins, donde a su vez había una vivienda de chapa y un corral.

Esto no implica que las grandes matanzas se habían terminado, continuaban y incluimos aquí una buena foto al respecto, pero hay un librito que muchas veces a pasado desapercibido dada su postura; es la obra final del inefable Fray Mocho, don José S. Alvarez que entre otras ocupaciones fue jefe de policía de Buenos Aires y director de la revista *Caras y Caretas*. Allí hizo un fuerte alegato contra la desidia argentina y el pujante progreso chileno, lo que a muchos no les agradó -era 1903- “*en los mares australes la estrella solitaria de Chile significa civilización y el sol argentino, barbarie*”<sup>25</sup>. No era poca cosa por cierto, al igual que insistir en

---

<sup>24</sup> Roberto Rodríguez, *Apuntes históricos del correo y telégrafo en Puerto Deseado*; Editorial Dunken, Buenos Aires, 2000, pags. 64-69

<sup>25</sup> Fray Mocho, *En el mar austral*, EUDEBA, Buenos Aires, 1960 (primera edición en *Caras y Caretas* no. 256, 1903; nota página 33

“esa horrible lucha del salvaje contra la civilización que quiere atraerlo exterminándolo, o robánódole su mujer y sus hijos y que todavía le acusa de bárbaro porque no se somete”<sup>26</sup>. Pero más allá de eso marcaba desde una mirada sibarita porteña el desagrado de comer esos animales locales, en especial los pingüinos:

*“se necesita tener mucha hambre y un estómago a prueba de ascos; es aceitosa, muy parecida a la de los tiburones o las ballenas y tiene un olor a marisco podrido inaguantable. Yo no la he podido pasar nunca (...) el huevo es hediondo y muy áspero al paladar, pero es medianamente pasable, así como lo es el pichón tierno. Si los gobiernos supieran la fortuna que tienen en los pingüinos, quizás los cuidaran más”<sup>27</sup>.*

Destacó en su novela el valor de cada parte del animal y hasta el guano que, pese a ser húmedo, valía una fortuna de su tiempo. Por cierto en Isla Pingüino funcionaron guaneras hasta la década de 1950 en que los productos industriales lo reemplazaron; alguna construcción del sitio también debe corresponder, o al menos haber sido usada por los guaneros del siglo XX.

Por último, Fray Mocho narró su participación en una matanza de lobos marinos, aunque en la zona del canal, en donde y sin entrenamiento previo, mataron ciento cincuenta y ocho animales en sólo quince minutos, exageración mediante. Por supuesto, entre esto y el exterminio de casi dos millones de lobos en las Shetland en 1822 y 1824, hay distancia, o a lo mejor sólo hay falta de práctica. La historia de la colonización de las costas de la Patagonia es, además de un enorme esfuerzo humano, un cruel alegato de la destrucción de la naturaleza, de las costas mismas, de la fauna y de, más que nada, de sus habitantes originarios.

---

<sup>26</sup> Idem, pag. 55

<sup>27</sup> Idem. Pag. 143





Posible osario en la Isla Pingüino con miles de huesos de lobos marinos puestos de sectores separados por grandes piedras.